

cuestiones de socorro, de lengua ni de nacionalidad que podían inquietar á unos rivales menos ambiciosos; no dando por límite á sus proyectos ni las fronteras de una patria ni las de Europa; abrazando el mundo en su esperanza, no hay duda que semejante fraternidad conquistadora hubiera fácilmente superado á emperadores y papas, sultanes é imanes si hubiese conservado la dirección de los ejércitos occidentales y la unión de sus fuerzas; pero el número de sus enemigos aumentaba á medida que la orden amontonaba sus riquezas. Tuvo necesidad de combatir sus rudos y constantes rivales, los Hospitalarios; conjurar y pagar muy cara la hostilidad de los obispos, de los señores feudales y de los reyes; después hubo de hacerse perdonar los infortunios políticos cuando los hechos de guerra y las discordias hubieron obligado á los Templarios á abandonar la tierra firme de Asia para refugiarse en la isla de Chipre. No obstante, la orden más estimada de la caballería se conservó en plena gloria durante más de dos siglos, y con frecuencia se trató de restaurar su esplendor. Todavía en la actualidad, ¡cuántos vanidosos ó estafadores, para deslumbrar á sus engañados, se condecoran con títulos é insignias como caballeros del Templo!

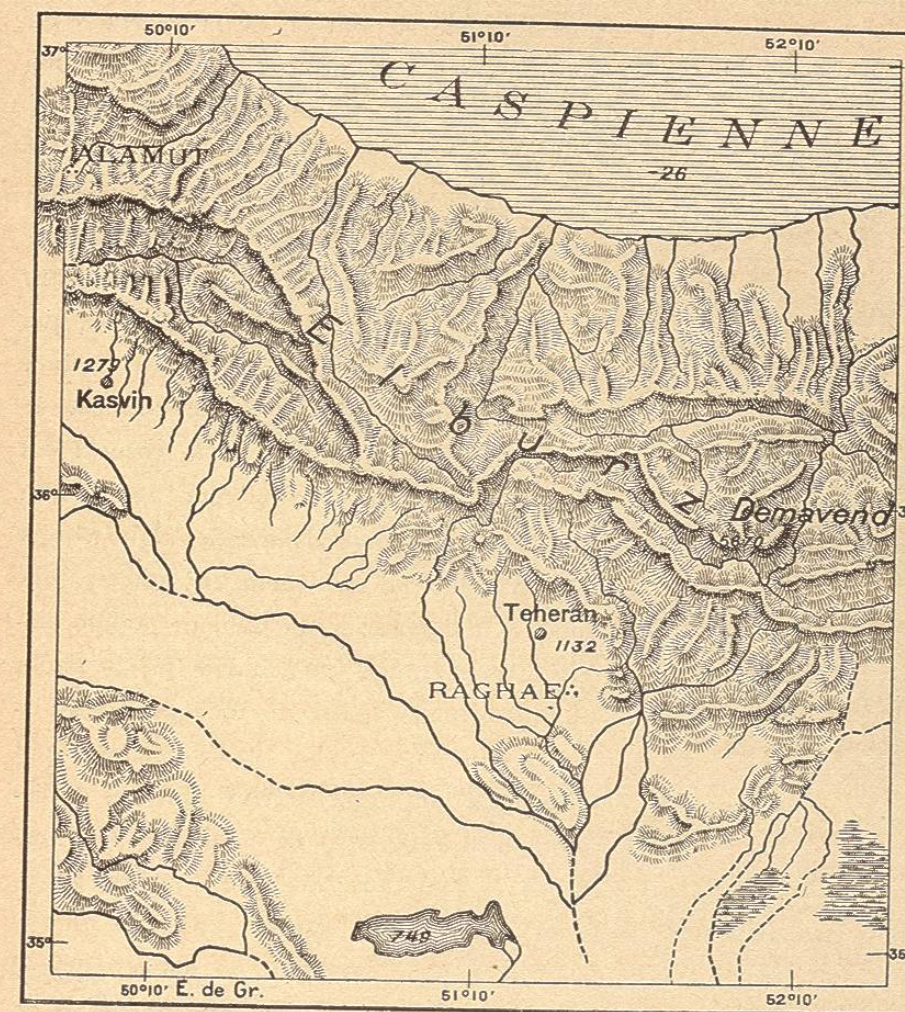
Los mahometanos tenían también sus cuerpos organizados, combatiendo á la vez por la oración y por las armas. Tal fué el de los «Comedores de hachisch» (Hachichiya) ó «Asesinos», que nació en Persia, algunos años antes de la constitución de los Templarios. Perteneían á la secta de los Ismaelitas, cuyo nombre procedía de cierto Ismail, descendiente de Alí; en un principio no tomaron parte alguna en la política y se limitaban á prácticas religiosas. Profesaban una doctrina filosófica muy elevada, buscaban la fusión de todas las fórmulas idealistas, del platonismo al mesianismo, y predicaban una especie de panteísmo que reposaba sobre la armonía general de todas las partes del mundo, sobre el cosmos de que depende cada persona humana que de él forma parte como los astros y debe tratar de comprender su belleza¹.

Pero la leyenda, que sería evidentemente muy distinta si no nos hubiera sido transmitida por cristianos que solían atribuir á

¹ P. Casanova, *Journal Asiatique*, 9.^a serie, t. XI, n.º 1, 1898;—E. Doutté, *Bull. de la Soc. de Géog. et d'Archéol. d'Oran*, Enero á Marzo, 1899, p. 53.

enemigos temidos todos los crímenes y todas las iniquidades, nos dice que los asesinos eran fanatizados por un profeta que, después de haberlos embriagado de placeres, les hacía extáticos de fe y los

N.º 314. País de los Asesinos.



lanzaba al mundo contra sus adversarios, armados del puñal ó del veneno. Ese jefe, el «Viejo de la Montaña», residía en el castillo de Alamut, sobre un promontorio del Elburz persa, pero poseía más de otras cien fortalezas en los países del Asia anterior. El sucesor de

ese fraile terrible no es más que un humilde y pacífico súbdito del imperio de las Indias ¹.

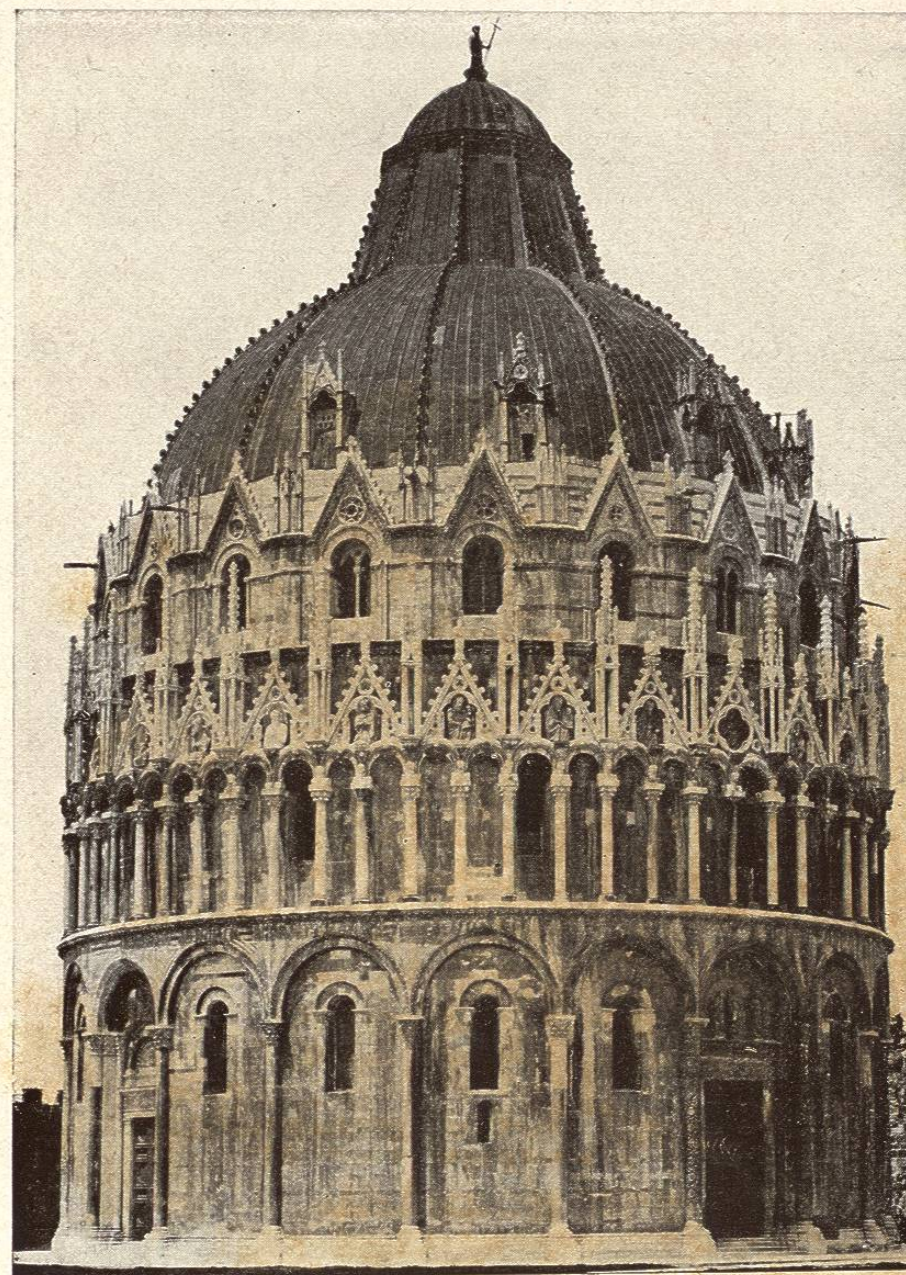
El monaquismo en Europa siguió, con una marcha más lenta, la misma evolución que en Oriente. En parte era el mismo personal desplazado del uno al otro extremo del mundo cristiano por las contingencias de la política, de la guerra y de la diplomacia, y las consecuencias de los acontecimientos repercutían de una parte y de otra, de manera que si no igualaban las condiciones, al menos conservaban su juego pacífico. A la sazón las dos capitales francesas del mundo monacal, Cluny y Citeaux, poseían una autoridad moral prodigiosa, que excedía con mucho á la de Monte Casino, antiguamente el vivero por excelencia de las abadías de Occidente y la escuela del papado. En Cluny, alrededor de la alta iglesia, se construyó al final del siglo XI una ciudad industrial que tomó un carácter suntuoso y mundano; hasta hubiera podido ambicionar el rango de ciudad privilegiada, aunque situada aparte de toda gran vía histórica, en uno de los valles laterales del Saona, en tanto que su rival Citeaux ó Cistercium se estableció en medio de unos bos-



FRAILE MENDICANTE

ques donde abundan los charcos y pantanos: el fraile que después se llamó San Bernardo halló en aquel lugar agreste un asilo que le convenía, donde sucedió á otros cenobitas que no habían atraído muchos discípulos; pero aunque su elocuencia y su fervor le hubiesen rodeado, por el contrario, de multitudes atraídas por su palabra, Citeaux no dejó por eso de ser lo que es todavía, una construcción grosera en medio de las soledades. La abadía madre no tardó en tener hijas, entre ellas la famosa Clairvaux, de la que fué abad el mismo Bernardo. Después las hijas, por la emigración de los monjes, pro-

¹ H. Yule, *The Book of Marco Polo*, 2.^a edic., t. II, p. 155.



BATISTERIO DE PISA

Cl. Kuhn, edit.

dujeron nietas y biznietas: al principio del siglo XIII, cien años después del nacimiento de Clairvaux, la orden comprendía más de mil abadías en la cristiandad de Europa y de Palestina. San Bernardo llegó á ser el verdadero director de la conciencia cristiana, y de todas partes se le pedía consejo y consuelo: su palabra equivalía á ejércitos.

De tal modo era el fraile de Clairvaux el árbitro de la Iglesia, que en el momento más crítico del papado, su más querido discípulo, el toscano Bernardo, fué elegido por los cardenales para darle la púrpura, y ese nuevo papa, que tomó el nombre de Eugenio III, continuó dirigiéndose á su antiguo abad como á su guía. Para la instrucción de su discípulo pontificio escribió San Bernardo su libro de la *Consideración*, en el que le decía: «Sé humilde, sé humilde; nunca se ha visto que Pedro se presentase en público adornado con oro y pedrerías, vestido de seda, montado sobre un caballo blanco, rodeado de soldados y oficiales marchando con estrépito: en esto, tú eres el sucesor, no de Pedro, sino de Constantino. Acomódate al siglo, si es preciso; pero, revestido de oro y púrpura, no te desdenes de ser pastor y no te avergüences del Evangelio».

Felizmente, en los períodos de transformación política y social, cuando el espíritu humano trata de renacer en su libertad, hay hombres que no «se acomodan al siglo». El tiempo de las Cruzadas fué una época de renovación no menos para las herejías que para la Iglesia misma. Si las disensiones religiosas habían sido relativamente escasas durante la primera parte de la Edad Media, debían, por el contrario, ser muy frecuentes en una época en que las poblaciones de Occidente y de Oriente se ponían en contacto de todas maneras, por sus ideas, sus creencias y sus mitologías respectivas:



Según Sybel.

CABALLERO DEL TEMPLO